



TRADICIONES PATRIAS

ESTA PUBLICACIÓN SALE
los días 1, 10 y 20 de cada mes
.....

16 páginas de folletín
de cada una de las obras:

Políticos del Carlismo
Victorias carlistas
Florangel (2.^a parte)
.....

Regalos a los suscriptores
Un año. . . 8 pesetas
(Pago adelantado)
.....

ADMINISTRACIÓN:
Biblioteca Tradicionalista
Aragón, 252
BARCELONA

Barcelona 10 Mayo 1913

Cuaderno 14.—20 Cts.

PASATIEMPOS

La madre

Si la mujer no tuviera
mil y mil títulos grandes
para aspirar en el mundo
a su dictado de ángel,
uno sólo le bastara
que no puede negar nadie;
y es, sin duda, el sublime,
el santo nombre de *madre*.
Al oír esta palabra,
el corazón que no late,
no es corazón, es entraña
por donde pasa la sangre,
para que siga viviendo,
desdichada y miserable;
un ser a quien todo falta
aunque en la abundancia nade.
Con razón puede decirse
que la historia de las madres,
la resume y la compendia
una palabra admirable.
sacrificio!... Desde el propio
momento en que el hombre nace,
comienza ella sin descanso
por él a sacrificarse
No hay peligro que la arredre
si cuando lo arrostra sabe
que lo aparta de su hijo
cuando sobre sí lo llame.
Goza con sus alegrías,
padece con sus pesares;
y llora sus desengaños,
y su esperanza comparte.
Ni siquiera un pensamiento
hay que al hijo no consagre,
y aun así no piensa nunca
que prueba su amor bastante.
Y ¿qué se promete en cambio
de tan continuos afanes?
Morir, cuando el hijo puede
comprender amor tan grande,
y cuando con otro igual
acaso puede pagarle.
Por eso todos los hombres,
que no quieren ser infames,
exclaman continuamente
con voz que del alma sale:
¡Bendito mil veces sea
el santo nombre de *madre!*

E. ZAMORA Y CABALLERO.

Histórico

En 1870, cuando forzando la Puer-
ta Pia tomó a Roma el ejército ita-

liano, se apoderó de unos cañones
con que se defendían las leales tro-
pas del Papa.

Estos cañones los regaló más tar-
de el gobierno de Italia al rey afri-
cano Menelik.

Algunos años después tuvo lugar
la expedición italiana a Abisinia,
que acabó en aquella cruenta batalla
de Adua, en la que quedó destrozado
el ejército del general Baratieri.

Pues bien, en aquella batalla, la
artillería de Menelik, desempeñó un
papel muy principal, causando enor-
mes destrozos al ejército italiano.

Eran los mismos cañones cogidos
a las tropas del Papa y regalados
por Italia al rey Menelik.

Misceláneas

El doctor vuelve de caza.

El doctor:

— ¡Vaya! No valía la pena de ha-
berme levantado al amanecer y ha-
ber pasado todo el día andando,
para no haber matado nada.

La mujer:

— ¿No te lo decía yo? ¡Si hubieses
pasado el día trabajando en tu pro-
fesión, no dirías eso!

—
En un tribunal.

El Presidente al acusado:

— ¿Era grande la miseria en casa
de usted?

— Tan grande, que hace ocho días
tuve que vender el último bastón
con que pegaba a mi mujer.

—
Un gitano trata de vender un mal
penco a un andaluz muy ladino.

— Oiga ozté, compare — dice el
vendedor, — corre tanto este jaco,
que si lo monta ozté a las cinco de
la mañana en Madrid, está ozté a
las zeis en Alcalá.

Puz no me conviene.

¿Por qué, compare?

— Porque, ¿qué quíe ozté que haga
yo en Alcalá a las zeis de la mañana?

Registrado Año 1957



Excmo. Sr. Conde de Roche
Diputado a Cortes de 1871 a 1873

Murcia, durante el período revolucionario, en unión del excelentísimo Sr. D. Mariano Díaz de Mendoza, Marqués de Fontanar, primogénito del Grande de España Conde de Balazote, debiéndose a aquellos dos jóvenes ilustres el gran impulso y la notable importancia que por aquella época llegó a adquirir el Carlismo en la provincia de Murcia.

Apenas se presentó en el año de 1871 el Conde de Roche candidato a la Diputación a Cortes por el primer distrito de la capital citada, no se dudó ya del éxito de su elección, aunque sus contrincantes eran personas de las más influyentes en el país.

Sin embargo, fué de los tres el que más votos obtuvo, debiéndose el resultado de su elección no menos que a su rango

R 10 11

R. 1830

y alta posición (como uno de los primeros contribuyentes de la provincia) a las generales simpatías de que siempre disfrutó entre sus paisanos.

Luchó contra D. Federico Balart, natural también de la provincia, y que había sido subsecretario del Ministerio de la Gobernación, sobre cuyo señor obtuvo el Conde de Roche una mayoría de cerca de dos mil votos.

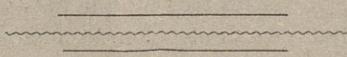
En la primera reunión de las Cortes de Don Amadeo, al nombrarse la mesa presidencial de edad, resultó corresponder el puesto de cuarto secretario al Conde de Roche; por cierto que el cargo de Presidente correspondió a otro carlista, el General D. Matías de Vall, Diputado por Gadesa.

Los amadeístas, que al ver, con asombro, la extensa lista de diputados carlistas, se habían consolado figurándose que en su mayor parte serían hombres montados a la antigua, ancianos muchos de ellos, y casi todos anti-estéticos, no pudieron menos de quedar altamente sorprendidos al ver llegar a la presidencia un joven tan elegante, de facciones distinguidas, de airoso porte, y con todas las distinciones de uno de los muchos jóvenes que adornan con su bella presencia los principales teatros y paseos de Madrid.

En efecto: el Conde de Roche pertenecía al grupo bastante numeroso de Diputados carlistas que, no solamente no estaban reñidos con los adelantos y el figurín de su tiempo, sino que profesaban sus ideas en beneficio del legítimo progreso.

Así como por su carácter simpático y aristocrático trato, se distinguió también el Conde de Roche desde sus más tiernos años por sus sentimientos generosos y caritativos, complaciéndose en socorrer las desgracias, pues hasta a costear carrera a algunos jóvenes pobres, amigos suyos de la infancia.

Después de la última guerra carlista llegó a ejercer el ilustre Conde de Roche el alto cargo de Jefe Regional de los carlistas del antiguo reino de Murcia, en cuya capital falleció cristianamente el día 21 de Abril del año 1906.



XXXIV

Don Antonio Juan de Vildósola

Hijo de una de las más antiguas y distinguidas familias de Vizcaya, nació en Bilbao a fines del año de 1832; hizo sus primeros estudios en un colegio francés, en el cual ganó los premios de todas las asignaturas que en él cursó; luego pasó a Valladolid, en cuya Universidad siguió la carrera de Leyes, que terminó con notable aprovechamiento después de unos brillantes exámenes.

Entonces fué a Madrid, y a poco entró de redactor en el diario carlista *La Esperanza*, en donde se dió a conocer como uno de los jóvenes de talento y cordura que, abrazado desde sus primeros años a la bandera tradicionalista, tomaban por palenque, para defender sus ideas políticas, uno de los órganos más autorizados de la Comunión Católico-Monárquica.

Sus escritos, que tenían toda la savia y vigor de la juventud de su autor, de esa savia basada en el verdadero talento, fueron acogidos con el mayor entusiasmo por los lectores de *La Esperanza*, que veían en el señor de Vildósola una esperanza para el porvenir de su partido.

Con este motivo, y apreciando en lo que valían los dotes que adornaban al joven escritor, quiso que formara parte de su familia el insigne D. Pedro de la Hoz, Director de aquel periódico, concediéndole la mano de su hija D.^a Avelina de la Hoz y de Liniers, y celebrándose el matrimonio con gran satisfacción por parte de ambas familias.

Muchos fueron los artículos que el señor de Vildósola publicó en *La Esperanza*, tanto filosóficos como políticos y literarios; asimismo fueron también muchas las veces que llegó a dirigir aquel diario con motivo de las enfermedades o ausencias de su señor padre político.

Durante algunas épocas viajó con frecuencia por el extranjero, escribiendo en algunos periódicos de París, cuyos artículos fueron acogidos con entusiasmo.

Constante defensor de los principios católicos y legitimistas, sufrió graves y reiteradas persecuciones por parte de los gobiernos liberales, las que, si bien le causaron gran detrimento en sus intereses particulares, le proporcionaron, en cambio, el más alto aprecio de los tradicionalistas.

Tradujo la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, del célebre publicista y gran amigo suyo Mr. Luis Veillot, director de *L'Univers*, de París, llegando a tirarse tres ediciones de aquella notable obra, sólo en España.

También publicó varios opúsculos, de los cuales se hicieron hasta siete u ocho ediciones, contando entre todas muchos miles de ejemplares.

Colaboró en el periódico legitimista francés, titulado *L'Union*, y después de ser destronada Doña Isabel, fundó en Madrid la importante revista *Altar y Trono*, que tan célebre llegó a hacerse por aquella época.

Presentado como candidato para Diputado a Cortes por la circunscripción de Bilbao, cuando se reunieron las Cortes Constituyentes de 1869, llegó a obtener una mayoría de 14.000 votos sobre el candidato contrario, no obstante ser éste hijo también de Vizcaya y muy apreciado en aquel país, tanto por sus prendas personales cuanto por la gran influencia de su brillante posición social.

Al hablar por primera vez en el Congreso, ya sus adversarios políticos no pudieron menos de rendir un tributo de admiración al joven Diputado bilbaíno, que tan felizmente se aprestó a terciar en los debates parlamentarios.

En efecto: el señor de Vildósola hizo su debut en el Parlamento con el asunto del suplicatorio contra el Cardenal Arzobispo de Santiago de Compostela, pronunciando un brillante



Ilmo. Sr. D. Antonio J. de Vildósola

Diputado a Cortes de 1869 a 1873

discurso que le atrajo las simpatías de los diputados de todas las fracciones políticas, por las buenas condiciones oratorias que mostró en él; palabra fácil, elegante, correcta, algunos accidentes oratorios de buen género, ademanes desenvueltos y sin afectación, exposición clara y hasta brillante en algunos razonamientos; he ahí el juicio que a todos mereció aquel importante discurso, acrecentándose luego la fama del señor de Vildósola tanto en el resto de aquellas Cortes como en las de Don Amadeo de Saboya, en las cuales también hubo de

tomar asiento, representando el distrito de Guernica (Vizcaya), defendiendo siempre brillantemente en ambas los ideales Católico-Monárquicos.

Durante la última guerra carlista estuvo emigrado el señor de Vildósola; después fundó y dirigió en Madrid (en unión de su hermano político D. Vicente de la Hoz y de Liniers) el diario carlista titulado *La Fe*, el cual se publicó hasta que poco después de fundarse *El Correo Español* de la misma capital, se retiró ya de la vida activa de la política a causa del mal estado de su salud, y falleció cristianamente en Bilbao el día 31 de Diciembre de 1893.

De sus hijos *D. Pedro*, *D. Franco* y *D. Carlos de Vildósola y de la Hoz* ya dijimos en nuestra obra *Carlistas de Antaño* (al final de la biografía del insigne D. Pedro de la Hoz) que hanse distinguido también como entusiastas carlistas desde los tiempos, ya lejanos, en que eficazmente contribuyeron a la organización de la primera *Juventud Carlista* que a fines del año 1886 se fundó en Madrid bajo la presidencia de don Reynaldo de Brea, hijo del General de Artillería del mismo apellido, que fué Jefe de Estado Mayor de S. A. R. el Príncipe y General Don Alfonso de Borbón y de Austria, Conde de Caserta.

Del ilustre señor *D. Vicente de la Hoz y de Liniers*, (hermano político del inolvidable señor D. Antonio Juan de Vildósola) ya publicamos en la misma obra citada, *Carlistas de Antaño*, datos biográficos y un buen retrato (con el uniforme de Maestrante de Ronda), que tuvo la amabilidad de proporcionarnos su señora hermana D.^a Dolores de la Hoz y de Liniers de García de la Hoz (Dama de Honor, que fué, de la augusta señora Doña Margarita de Borbón), así que aquí nos limitaremos a recordar que D. Vicente de la Hoz fué co-director de los diarios tradicionalistas de Madrid titulados *La Esperanza* y *La Fe* y Diputado a Cortes.

Don Juan García de la Hoz (digno esposo de la distinguida señora D.^a Dolores de la Hoz) también se ha significado por la adhesión a la Causa Católico Monárquica, distinguiéndose en la Junta Directiva del Círculo Tradicionalista de Madrid.

Don José Ignacio Dalmau y de Baguer

Nació en Seo de Urgel (Lérida) el día 28 de Marzo de 1804; fué Abogado, llegando en su carrera hasta el Doctorado. Sus cualidades más salientes fueron: notable actividad, gran fervor religioso y distinguido trato de gentes, unido todo ello a la bondad y franqueza características en él, y que le hicieron muy querido de todos cuantos le hablaran, siquiera fuera por una sola vez.

Ya en 1834, por efecto de sus opiniones realistas que había dado a conocer siendo Alcalde de su ciudad natal, fué confinado a Barcelona por disposición del Capitán General de Cataluña.

En 1836 pasó el señor de Dalmau a las provincias vascongadas a ofrecer sus servicios a Don Carlos María Isidro de Borbón, cuyo augusto señor tuvo a bien nombrarle Vocal y Secretario de la Junta superior gubernativa de Cataluña, cuyo importante cargo pasó a desempeñar en Septiembre de aquel mismo año, y continuó trabajando constantemente en él hasta que al fin entró el Ejército carlista catalán en Francia, en el año de 1840.

También desempeñó el señor de Dalmau varias e importantes comisiones, formando parte del tribunal que se erigió para el fallo en grado de apelación de las causas seguidas ante los alcaldes mayores; fué después Asesor de la Intendencia; y prestó arriesgados servicios, como pasar por dos veces a las Provincias Vascongadas y a Francia para conferenciar



Ilmo. Sr. D. Ignacio Dalmau

Diputado a Cortes de 1871 a 1873

con Don Carlos María Isidro de Borbón sobre negocios muy interesantes para su mejor servicio, y asistir con el Intendente carlista D. Gaspar Díaz Lavandero al sitio que se puso a Puigcerdá, concurriendo asimismo a otras acciones de guerra.

Emigrado permaneció hasta Diciembre del año 1849, en cuya época regresó a su país natal, dedicándose desde entonces al cuidado de sus bienes, que los había tenido secuestrados desde que empezó la primera guerra carlista.

Cuando ocurrió el destronamiento de Doña Isabel, volvió

el señor de Dalmau a la vida activa de la política, trabajando sin tregua ni descanso por sus antiguos ideales tradicionalistas; no aspiró a la Diputación, antes bien, cuando supo que sus correligionarios se proponían darle sus sufragios, les hizo presente que ni su avanzada edad ni sus achaques le permitían aceptar aquel honor; pero a pesar de ello fué elegido Diputado a Cortes por su país natal, Seo de Urgel, en el año de 1871, y fué de los que combatieron el trono de Don Amadeo, como individuo de la Minoría parlamentaria carlista, que tan famosa se hizo por aquella época.

El señor de Dalmau fué una venerable gloria del antiguo partido carlista.

**Don Félix Díaz Aguado
y su hijo Don Rafael Díaz Aguado y Salaberry**

Don Félix Díaz Aguado nació el día 29 de Julio de 1834; cuando aun no había cumplido los catorce años de edad ingresó ya como Caballero Cadete del Real Cuerpo de Artillería en el Alcázar de Segovia; ascendió a Subteniente-Alumno en 1850, y habiendo terminado brillantemente los estudios reglamentarios, fué promovido a Teniente de la Escala facultativa en 1853. Batiéndose en las sangrientas jornadas de Julio del año siguiente, contra los revolucionarios, ganó el grado de Capitán, y en la gloriosa guerra de Africa de 1859 a 1860 se portó tan bravamente, que en ella conquistó la Cruz de la Real y Militar Orden de San Fernando y el grado de Comandante. Por servicios especiales obtuvo más tarde la Cruz de la Real y Americana Orden de Isabel la Católica, y en su entusiasmo por la Causa Católico-Monárquica trató de proclamar el año de 1869 a Carlos VII en la ciudadela de Pamplona, de acuerdo, al efecto, con el Brigadier carlista Larumbe y el Marqués de las Hormazas, que mandó el Batallón 5.º de Navarra en la última guerra carlista. Fracasó aquella conspiración, siendo reducidos a prisión los señores Larumbe y Marqués de las Hormazas; y el Comandante de Artillería Díaz Aguado, que pudo salvarse, fué de los que mejor se portaron en la célebre sorpresa de Oroquieta, a la cual asistió como agregado al Estado Mayor de Carlos VII.

He aquí lo que a propósito de ello dice el ilustre General

de Artillería D. Antonio de Brea en las páginas 320 y 321 de su notable obra *Campaña del Norte de 1873 a 1876*: «Don Carlos de Borbón acudió desde el primer momento a las guerrillas, y en ellas permaneció con Carasa, a pesar de los reiterados y leales consejos de dicho Brigadier, quien trató de evitar las fatales consecuencias que habría podido tener para la Causa Carlista la serenidad y el arrojo de su ilustre jefe; en fin, cuando se hizo ya completamente imposible la lucha, y hubo de darse la orden de retirada, protegióla bizarramente el Brigadier Carasa, peleando cuerpo a cuerpo en la carretera y en las eras del pueblo, rodeado de algunos otros jefes no menos valientes, entre ellos nuestro querido y malogrado compañero el Comandante de Artillería *D. Félix Díaz Aguado*, que se batió allí con aquella misma bravura que le admiramos en la guerra de Africa, y a cuya amistad y desgracia no podemos menos de consagrar un especial recuerdo, sin menoscabar por ello en lo más mínimo lo heroico del comportamiento de tantos otros bravos jefes, y tantos y tantos bisoños soldados carlistas que sostuvieron el honor de las armas hasta quemar el último cartucho o sellar con su sangre generosa su adhesión inquebrantable al Carlismo.»

Durante la primera guerra civil militó en la División de Navarra del Ejército carlista un Oficial llamado D. Domingo Salaberry, de modo que los dos primeros apellidos del actual Diputado a Cortes por Tolosa acreditan su abolengo tradicionalista.

Don Rafael Díaz Aguado Salaberry (a quien tuvimos el gusto de conocer hace ya más de veinte años en la célebre Congregación de San Luis Gonzaga, de Madrid) es Abogado; ha sido Presidente de la Juventud Carlista de Madrid y vice Presidente del Círculo Tradicionalista de la misma capital; en las elecciones de los años 1907 y 1910 ha sido elegido Diputado a Cortes por Tolosa (Guipúzcoa) y en breve se ha hecho popular por toda España, reconocido por propios y extraños como uno de los más elocuentes oradores, entre los muchos que, con justicia, brillan como tales en el Congreso.

He aquí algunos rasgos de su vida, que le analtecen.

Visitaba todavía las aulas de la Universidad cuando se



**Ilmo. Sr. D. Rafael Díaz Aguado
Salaberry**

Diputado a Cortes por Tolosa

inició la idea de la peregrinación obrera a Roma: D. Rafael Díaz Aguado Salaberry recorrió los pueblos de la provincia de Madrid, como en cruzada de apóstol, predicando en las plazas y desde los balcones, en los teatros y en las calles, excitando a las clases populares a ir a Roma, a mostrar su gratitud de almas bien nacidas al amante Padre de los obreros, al gran León XIII.

Cuando el Círculo de San Luis Gonzaga, de Madrid, era la organización más fuerte y brillante de la juventud de la capital de España, discutiéndose en sus Academias con más cultura y más elocuencia que en todos los centros no oficiales, el señor Díaz Aguado Salaberry era ya un tribuno, la inteligencia segura que daba orientación y norma a las discusiones. El jefe de los republicanos D. Nicolás Salmerón y el Académico anti-clerical D. Benito Pérez Galdós, al igual que el Mi-

nistro demócrata D. José Canalejas y que toda la prensa sectaria, señalaban como un serio peligro aquel núcleo de jóvenes católicos, y lo satirizaban algunos con sus apóstrofes, los otros con las burlas de mal gusto; pues bien, la fuerza de aquel núcleo perseguido y temido por los elementos avanzados y anti-católicos estribaba muy principalmente en la elocuencia y en la animosa iniciativa de D. Rafael Díaz Aguado Salaberry.

En los Congresos católicos de Burgos y de Santiago tomó parte muy activa, y allí, como en las veladas de clásica solemnidad del antiguo Círculo de San Luis Gonzaga, los Prelados bendijeron muchas veces con admiración la pureza y valentía de su fe, su elocuencia hábil y ardorosa.

Fué también al Ateneo, porque sentía el deber de combatir por su fe, allí donde tanto se la maltrata. Era en los días de la *Asamblea Nacional de los amigos de la Enseñanza*, y en una sesión borrascosa, que un periódico al reseñarla al día siguiente titulaba *Los girondinos*, y en que las blasfemias oídas escandalizaban hasta a los muros de aquel salón de sesiones, que parecía haberlas escuchado ya todas, Díaz Aguado Salaberry habló por primera vez allí, y obtuvo un triunfo inmenso, más ruidoso porque era menos esperado. La impiedad fué desde entonces menos imprudente, fué acaso más cautelosa, pero menos procaz y atrabiliaria.

Unos días después Canalejas pronunciaba allí uno de sus más elocuentes discursos, y, aunque como enemigo y con la visera levantada, saludaba cortés y concedía la beligerancia a aquella juventud *reaccionaria, pero animosa, vibrante y con fe en un ideal, más digna de respeto que otras juventudes de alma muerta, que no levantaban su vuelo del polvo del interés.*

Fué aquella beligerancia y aquel altivo saludo el reconocimiento de un hecho y uno de los más grandes triunfos que las ideas católicas han tenido en España; fué el gran triunfo de la elocuencia vibrante de nuestro querido amigo D. Rafael Díaz Aguado Salaberry, quien en las discusiones sostenidas en aquel mismo Ateneo después arrolló a demócratas, racionalistas y sectarios; en el Ateneo parecía que las defensas de la fe

eran absurdas e imposibles, se hacían con timidez y entre los sarcasmos de aquel ambiente hostil; después de la campaña que allí sostuvo Díaz Aguado Salaberry, se rió allí también, pero no ya a costa de los hijos de la fe, si no a costa de los que hasta entonces la persiguieron impunes.

Si fuésemos a enumerar, siquiera los triunfos obtenidos por el Diputado a Cortes por Tolosa en sus viajes de propaganda, en los *meetings* y en el Congreso, donde quiera que ha levantado su potente oratoria en defensa de la Religión, de la Patria y de la Monarquía Tradicional, nos haríamos interminables; bástenos, pues, recordar que en cuantas poblaciones ha visitado, el eco de su palabra, rebosante de ardentísima fe, resuena aún en el espacio, conmoviendo las multitudes y avivando el amor a los ideales tradicionalistas. Las crónicas parlamentarias acreditan que como polemista habilísimo e incansable, une a su palabra fácil, de soberana elocuencia, una cultura y una ilustración excepcionales.

Con tantos y tan valiosos elementos, con tan raras y brillantes dotes como le adornan, no es de extrañar que en cuantas discusiones científicas, político-religiosas y parlamentarias sostiene briosamente contra los enemigos de la Fe católica y de la política tradicionalista, consiga siempre muy señalados triunfos, que siempre contribuyen (por lo menos) a abatir y debilitar a los enemigos a quienes combate, animando y fortaleciendo al propio tiempo a los correligionarios, quienes contemplan, admiran y aplauden en tan batallador como activísimo Diputado a Cortes católico-monárquico un elemento valiosísimo para contrarrestar en buenas condiciones la acción demoleadora de los enemigos del orden y de los intereses católicos, con su acción incesante, enérgica y edificante dentro y fuera del Parlamento.

Los señores de Sureda

Hijo de los Excmos. Sres. Marqueses de Vivot, nació *Don Manuel de Sureda y de Boxadors* en Palma de Mallorca el año 1820; estudió en el Real Seminario de Nobles de Madrid; a los once años de edad fué ya nombrado Alférez de la Guardia Real, a cuyo empleo renunció en el año de 1835, y se presentó en Cataluña al General carlista Marqués de la Solana, de quien fué nombrado Ayudante de Campo.

El señor de Sureda se distinguió notablemente en la victoria carlista de Rialp, a la que asistió con el destino de Ayudante de Campo del Brigadier carlista D. Matías de Vall; desempeñó después varias comisiones que le confirió Carlos V para Berlín, Roma y Turín, y en el año de 1850 volvió a fijar su residencia en Baleares.

Cuando el cólera morbo asiático invadió la ciudad de Palma de Mallorca en el año de 1865, el señor de Sureda organizó un hospital, curando por sí mismo a los enfermos, convirtiendo su caudal en patrimonio de los desvalidos, con cuyo motivo le agració Doña Isabel II con la Gran Cruz de la Orden de Beneficencia.

En Enero de 1869 fué el Excmo. Sr. D. Manuel de Sureda nombrado Delegado y Comisario Regio de las Baleares por Don Carlos de Borbón y de Austria-Este; aquel mismo año sufrió cuatro meses de prisión en el Castillo de Bellver a causa de sus opiniones carlistas; en 1870 asistió a la célebre e histórica Junta convocada por Don Carlos en Vevey (Suiza),



Excmo. Sr. D. Manuel de Sureda

Diputado a Cortes de 1871 a 1873

y al año siguiente fué elegido Diputado a Cortes por el primer Distrito de Palma de Mallorca.

Durante la última guerra carlista estuvo emigrado en Francia, algunos años después volvió a Baleares, y falleció cristianamente en Palma de Mallorca el día 4 de Noviembre de 1893.

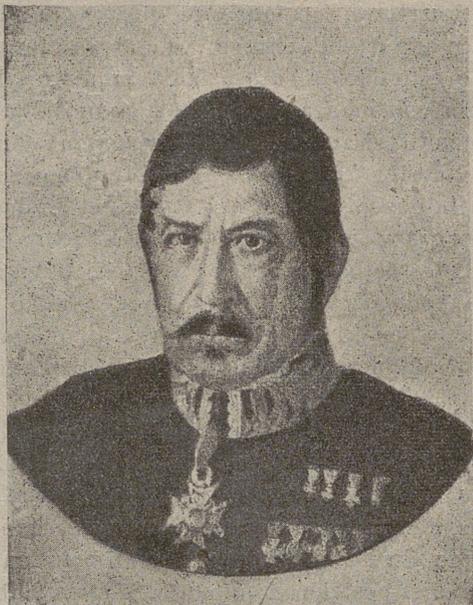
Entre los muchos parientes suyos que han militado en el Carlismo, distinguiéndose por sus excelentes servicios, no podemos menos de recordar aquí los siguientes:

Ilmo. Sr. D. José de Sureda: fué Gentil-hombre de Don Fernando VII y luego de Don Carlos V, a cuyo augusto señor acompañó durante toda la guerra civil de los siete años, haciéndose notar más particularmente cuando la expedición del ya citado Don Carlos por Aragón, Cataluña, El Maestrazgo y Castilla, en el año de 1837, emigrando después del Convenio de Vergara.

talla contra el parecer de su Jefe de Estado Mayor el General González Moreno. Responsable él solo de sus consecuencias, formó su plan, se resolvió a ejecutarlo, y mandó a los brigadieres Iturriza y Sopelana que, con tres batallones y los guipuzcoanos que se hallaban en Astigarraga forzando el difícil paso de este puente, atacasen la izquierda liberal por toda la cumbre, hasta arrojar al enemigo mas allá del reducito de Oriamendi; el ataque de la derecha fué confiado a los brigadieres Iturriaga y Quilez, con la brigada aragonesa y el 1.º y 5.º de Guipúzcoa; el del centro, con el 1.º de Álava, 1.º de Castilla y granaderos, se encargó al valiente General Villarreal; los jefes de brigada Alzúa y Gairi, debían secundar estos ataques con parte de las fuerzas que estaban a sus órdenes, protegidas por la batería de Hernani, quedando de reserva el 1.º de Navarra y el del Rey, con el Brigadir Pérez de las Vacas.

»El movimiento de estas fuerzas fué el que obligó al General inglés Ewans a suspender las disposiciones. El 4.º de Álava, a la cabeza de la columna carlista, pasó rápidamente por el puente de Ergovia a la retaguardia del flanco liberal, a pesar de que Ewans había colocado un batallón español y otro inglés en una posición dominante. Si estos hubieran permanecido firmes, el resultado de la atrevida tentativa de los carlistas por este punto, no hubiera podido ser otro que el compromiso y destrucción de su columna; pero se replegaron en desorden en el momento en que fueron atacados, y desordenaron a las tropas que estaban a su retaguardia obligándolas a retirarse.

»Villarreal, al recibir las órdenes de atacar por el centro, y viendo la heroica resistencia de los liberales, comprendió que sólo un rasgo de heroísmo podía, quizás, conceder la victoria: mandó a sus tropas arma al brazo, dirigió una arenga tan lacónica como enérgica y expresiva, cuya reproducción no es lícita; y con un palo en la mano avanzó por entre una lluvia de balas a ganar la altura que se le había mandado. El fuego de artillería, de fusilería y de cohetes a la congreve, no le impidió llegar a la Venta Quemada, haciendo replegar a los liberales. Lo mismo hicieron los que defendían la



Excmo. Sr. D. Juan de Goiry
Brigadier Carlista

derecha, siendo víctimas los que trataron de hacerse fuertes en algunas casas. El avance de Villarreal y Sopelana les permitió unirse, renovar juntos el ataque y llevar el desorden y la derrota a sus contrarios.

» El combate fué reñido, sangriento; cada posición tomada a paso de carga; y los cadáveres ingleses marcaban los puntos que habían defendido. En uno, intermedio a Bertizarán y Oriamendi, se colocó un jefe inglés a caballo con una bandera en la mano, y al rededor suyo se iban reuniendo con orden

los soldados de su nación, y atacados por los carlistas, se mezclaron luchando a brazo partido. José Arteaga, soldado del 6.º de Guipúzcoa, se puso a dos pasos del caballero inglés, quien hirió a aquel carlista en la mano izquierda de un sablazo, mas no le impidió disparar su fusil, y causar la muerte de su adversario, de cuya bandera se apoderó; era la del noveno regimiento de la Legión inglesa.

»Cinco horas de fuego horroroso y mortífero, brillantes cargas a la bayoneta y asalto de varias casas, bien defendidas algunas por los valientes de Oviedo, redujeron a los liberales a las alturas de Oriamendi, que fué la posición que quisieron defender a toda costa. Pero a los gritos de *Aurrera* y de ¡Viva Carlos VI! se lanzaron los carlistas con impetuosidad sobre sus enemigos: el ruido de una fuerte explosión anunció el abandono del reducto; y al disiparse el humo que causara se ven brillar las bayonetas carlistas sobre los parapetos de Oriamendi.

»Los vencedores persiguieron encarnizadamente a los vencidos; pero se dejaban a un lado a los españoles para correr detrás de los ingleses, a los que sacrificaban sin compasión. Muchos carlistas ostentaban luego las casacas coloradas de los que habían sacrificado. Don Sebastián mandó se hiciesen algunos prisioneros. Más se hubieran hecho, y mayores desastres habrían experimentado los liberales, sin la presentación en la carretera de un regimiento de la Marina Real inglesa, con bayoneta armada y la artillería preparada para tronar. Al ver los jefes carlistas aquella novedad, y una muralla de hierro inmóvil, ordenaron el alto, y los fugitivos se guarecieron detrás de aquella salvadora línea, que imponía.

»El ejército liberal tuvo sobre cuatrocientos muertos, novecientos heridos y ciento treinta y siete prisioneros, incluso ocho oficiales y noventa soldados de Oviedo, aprisionados en un caserío, perdiendo piezas de artillería, fusiles, cartuchos y otra porción de efectos. Los carlistas tuvieron ochenta y ocho muertos, seiscientos sesenta y nueve heridos, y algunos prisioneros, entre ellos el coronel Montagut. En uno y otro campo murieron apreciables jefes, y basta sólo la relación que acabamos de hacer de la batalla para demostrar el



Excmo. Sr. D. Fernando de Zabala
General Carlista

valor que se empleó en ella por los carlistas, el lauro que adquirieron.

»Entre las recomendaciones que se hicieron por parte de los liberales, fué notable la de D. Ignacio Gurrea, Ayudante de campo del General Ewans.

»Los batallones carlistas 6.º de Guipúzcoa y 4.º de Álava, tuvieron ocasión de sobresalir, mereciendo los aplausos del ejército y del paisanaje.

»Entre los jefes se distinguieron Villarreal, Zabala (que quedó herido), Sanz, Sopedana, el Coronel Olidén, el Comandante Guinea (que alcanzó heroica muerte) y otros.

»El país experimentó igualmente gran pérdida; más de doscientas familias quedaron sin albergue por el incendio de sus hogares, situados en las inmediaciones de San Sebastián, Lezo, Alzo, Astigarraga y Hernani, y si bien la mayor parte han sido reedificados, aun se ven las ruinas de algunos. Estos incendios, exigidos algunos por la terrible necesidad de la guerra, y ocasionados otros por el afán de destruir, exasperaron a los moradores de los caseríos abrasados, tomaron las armas en contra de sus arruinadores (los liberales), y los padres, que no ingresaron en los batallones, formaron partidas, teniendo por jefe a su alcalde, y la de Lezo se componía de sesenta individuos, la de Alza, de cincuenta, y otra en la calzada de San Sebastián, prestando todos grandes servicios a la Causa carlista, como prácticos en el país.»

En cuanto al estado deplorable del ejército liberal después de la victoria carlista de Oriamendi, creemos basta recordar que el General Espartero sufrió unas ochocientas bajas en lo poco que llegó a hacer y en su retirada a Bilbao, y que el General inglés Ewans en una comunicación que dirigió al ya citado General Espartero le decía textualmente (entre otras cosas poco gratas para ellos) *que había perdido en las acciones de aquellos tres o cuatro días lo menos dos mil hombres; que no estarían los liberales aptos para ningún deber importante por algún tiempo; y que de momento habían quedado las tropas desmoralizadas como para poder emprender operaciones.*

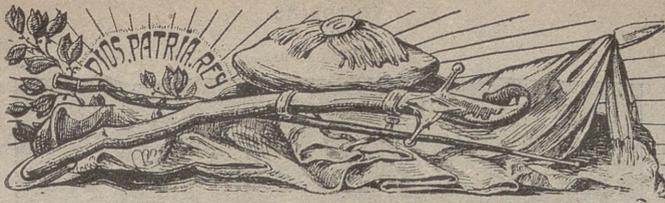
En la retirada del General Espartero a Bilbao se distinguió notablemente el bravo y entendido General isabelino D. Isidoro de Hoyos, Marqués de Hoyos y de Zornoza, espejo de caballeros, último Comandante General del Real Cuerpo de Alabarderos que tuvo Isabel II.

Los ejércitos liberales que mandaban los generales Sarsfield, Ewans y Espartero volvieron, respectivamente, a Pamplona, San Sebastián y Bilbao sin haber obtenido otro resultado que ver disminuída su fuerza moral y material tanto



Excmo. Sr. D. José de Arroyo
General Carlísta

como, en cambio, acreció la de las armas carlistas, para las cuales comenzó prósperamente la campaña del año 1837, como lo demuestran los hechos que se han querido desfigurar por algunos escritores enemigos del Carlismo.



XXI y XXII

Huesca y Barbastro

(24 de Mayo y 2 de Junio de 1837)

Victorias obtenidas por Carlos V sobre los generales D. Miguel de Iribarren, Virrey de Navarra, y D. Marcelino de Oráa, General en Jefe del Ejército isabelino del Centro.

El día 17 de Mayo de 1837 emprendió Carlos V su famosa expedición por Aragón, Cataluña, El Maestrazgo y Castilla.

He aquí la organización dada a las tropas que le siguieron:

Primera División: Comandante General, el Mariscal de Campo D. Pablo Sanz. = Batallones: Guías de Navarra, mandados por D. Genaro Oteiza; Noveno de Navarra, mandado por D. Tiburcio Saiz; Décimo de Navarra, mandado por don Teodoro Carmona; y Duodécimo de Navarra, al mando de D. José Hermosilla.

Segunda División: Comandante General, el Mariscal de Campo D. Prudencio de Sopedana = Batallones: Granaderos de Álava, mandado por D. Joaquín Roy; Tercero de Álava, a las órdenes de D. Francisco Vasco; Cuarto de Álava, al mando de D. José Opacoa; Quinto de Álava, mandado por D. Benito Calahorra; Primero de Aragón, al mando de don



Carlos V

José Bardabín; y Segundo de Aragón, mandado por D. Alberto Bart.

Tercera División: Comandante General, el Mariscal de Campo D. Alonso Cuevillas. = Batallones; Granaderos de Castilla, mandado por D. Pedro Solana; Primero de Castilla, a las órdenes de D. Pedro Negueruela; Segundo de Castilla, al mando de D. José Linares; Tercero de Castilla, mandado por

D. José Caño; Cuarto de Castilla, a las órdenes de D. Juan Pujol; y los Argelinos, a las órdenes de D. Alejo Sabatier.

Caballería: Comandante General, el Mariscal de Campo Conde de Prado. = Jefes de brigada: los brigadieres D. Luís López del Pau y D. Pascual del Real. = Un escuadrón del primer regimiento, a las órdenes de D. Manuel Lucas; un escuadrón del segundo regimiento, a las órdenes de D. José Martínez; dos escuadrones del tercer regimiento, mandados por D. Eugenio Barbadillo; tres escuadrones del cuarto regimiento, mandados por D. Manuel García Segovia; dos escuadrones del regimiento de Aragón, mandados por D. Manuel Añón; la escolta de Carlos V, mandada por D. José María Aguirre; la escolta del Infante Don Sebastián, mandada por D. Manuel Crespi; y la escolta del Jefe de Estado Mayor, mandada por D. José del Castillo.

Jefe de la Artillería: El Coronel D. José Gil de la Torre.

Guardia de honor de Carlos V: Mandada por el Coronel D. José Ochoa de Olza.

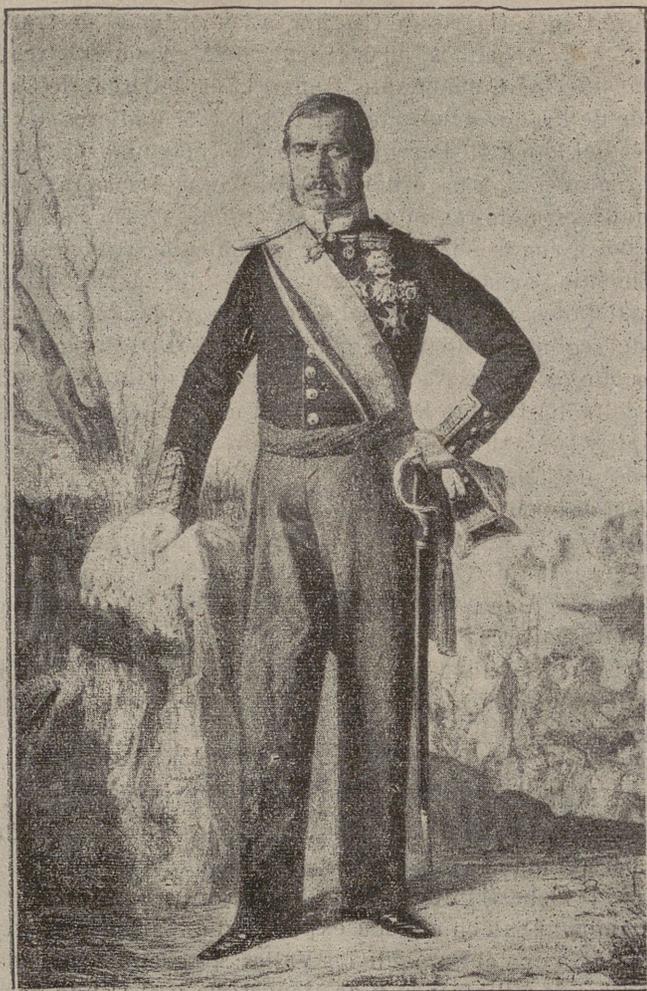
General encargado de Palacio: El Mariscal de Campo don Simón de la Torre.

Gobernadores del Cuartel Real: Primero, el Brigadier Marqués de Santa Olalla; y segundo, el Coronel D. Manuel Craywinkel.

Gobernadores del Cuartel General: Primero, el Coronel D. José Castelar; y segundo, el Coronel D. Miguel de Lacy.

En aquella expedición mandaba Carlos V todas las fuerzas, pero el mando inmediato de las tropas corrió a cargo del Infante D. Sebastián Gabriel de Borbón y de Braganza.

Acompañaban en aquella expedición a Carlos V su Ayudante de Campo el Barón de los Valles; los grandes de España marqueses de Villafranca y de Monasterio y el Conde de Orgaz; los gentiles-hombres Conde de Cirat, Villavicencio, Sureda, Sacanell, Teijeiro y Guillén; el Caballerizo de Campo D. Mariano Carbajal, el Ilmo. Sr. Obispo de Mondoñedo don Francisco Borricou; los ministros de Estado, de Gracia y Justicia, de Guerra y de Hacienda D. Wenceslao Sierra, D. José de Arias Teijeiro, D. Manuel de Medina Verdes y Cabañas y D. Pedro Díaz de Labandero; los generales D. Manuel Martí-



Excmo. Sr. Conde de Peracamps

General Isabelino

nez de Velasco y D. Francisco Vivanco y el Brigadier D. Juan Amarillas.

Al Infante de España y General D. Sebastián Gabriel de Borbón acompañaban los gentiles-hombres Merry y Conejo, su

secretario Arjona; los generales Villarreal, Conde de Madeira y Zabala, el Brigadier Príncipe Lichnowsky; y como ayudantes de órdenes los tenientes coroneles Ramery, Barona, Pavía, Zavala (D. Gabriel), Pizarro, Aldave, Aguilera, Goiri y Egula (D. Casto).

Siguieron a la expedición, como agregados a ella, los generales Merino y Piñero; y los Brigadieres Gavarre, Marqués de Bóveda, Lardizabal, Pérez de las Vacas, Arroyo, García (D. Basilio) y D. Camilo Moreno.

Finalmente: ejercía el cargo de Jefe de Estado Mayor de la expedición el Teniente General D. Vicente González Moreno, llevando como secretario al Coronel D. José de Medina Verdes y Cabañas, y como constituyendo el Cuerpo de Estado Mayor los brigadieres Marqueses de la Solana y Albelda, los coroneles Girón, Salecio, Castelar, Cabañas (D. Fernando), Gordillo, Mazo Rosales, Barón de Bhaden, Reina, Sanz, Orúe, Silva y Eguía (D. Leandro); los tenientes coroneles Coig, Biguri, Carazo, Bessieres, Soriano, Fulgosio (D. Cipriano), Frígola, Gil de Bernabé, Martínez Leiva y Autrán; y los capitanes Algarra (D. Carlos), Zavala (D. Laureano), Vega, Fulgosio (D. José), Henestroza, Arce, Algarra (D. Telesforo), Labarga, Bolívar y Barros.

El Gobierno de Isabel II encargó de operar contra la expedición de Carlos V a los generales en jefe de sus ejércitos del Norte, de Cataluña y del Centro, que lo eran, respectivamente, el Conde de Luchana, el Barón de Meer y D. Marcelino de Oraá, y a una división de tropas escogidas al mando del General D. Miguel Iribarren, Virrey de Navarra, quien se puso desde luego en persecución de los expedicionarios carlistas, atacándoles el día 24 de Mayo a poco de su triunfal entrada en la capital de Huesca.

A las dos de la tarde descendieron las tropas liberales por las canteras del pueblo de Almodévar, dirigiéndose a la citada capital por la hermosa llanura que la separa de aquella sierra.



Excmo. Sr. D. Luis García de la Puente
General Carlista

La circunstancia de haber presenciado los isabelinos el paso de la expedición de Carlos V por tres ríos caudalosos, sin atreverse a tratar de impedirlo ni a entablar con los carlistas ningún combate en sus marchas por países quebrados y extensas llanuras, hacía increíble que se resolviesen a provocar la lucha en una población de la que ya se había posesionado Carlos V, a la luz del día, en terreno desembarazado de obstáculos, y en el que no podía ocultarse la menor maniobra.

Atravesando rápidamente el General Iribarren con la brillante división de su mando la llanura, y dirigiéndose por el

camino más directo, desplegó sus tropas en orden paralelo sobre el frente de la división carlista de vanguardia, compuesta de cuatro batallones navarros al mando del Mariscal de Campo D. Pablo Sanz, que apoyaba su derecha en la ermita de San Jorge y su izquierda en una colina inmediata.

Las cortas fuerzas carlistas que por el pronto se opusieron a las numerosas que había desplegado el General Iribarren, no permitieron a aquellos otra orden de combate que el ordinario de guerrillas desplegadas, a las cuales y a las masas que las sostenían, atacaron los isabelinos con la mayor decisión, protegiendo las cargas de su infantería y caballería con el fuego de catorce cañones. Las tropas de Carlos V, imperturbables en sus posiciones, opusieron una muralla de bronce a sus enemigos, deshaciéndoles cuantas veces intentaron penetrar, hasta que llegó oportunamente el Mariscal de Campo D. Prudencio de Sopedana, enviado por el Infante y Capitán General don Sebastián Gabriel de Borbón, con los batallones de Guías de Álava, el 4.º de la misma provincia, el de argelinos y 3.º y 4.º de Castilla, cuya presencia inclinó ya la victoria a favor de las armas carlistas.

Las tentativas ofensivas del General liberal Iribarren se convirtieron en defensivas; sus masas se escalonaron para apoyarse mutuamente en la retirada que empezó a pronunciar, recurriendo a la numerosa caballería para protegerla, y retirando precipitadamente la artillería, temeroso de que llegase a caer en poder de los carlistas. En aquellos críticos momentos decidió Carlos V la victoria a su favor destacando al intrépido General D. Bruno de Villarreal con los batallones 2.º de Castilla y 2.º de Aragón, la mitad del batallón primero de Castilla, otra mitad del de granaderos castellanos y dos escuadrones, cuyas fuerzas, prolongándose por el flanco izquierdo de los liberales le doblaron desbaratando aquella parte de su línea y amenazando sus reservas. El espanto que sembró en las filas isabelinas este movimiento, viendo amenazada su comunicación y retirada, fué, cuando menos, igual al arrojo con que momentos antes se habían lanzado sobre los batallones navarros. Viéronse columnas enteras de liberales dispersarse y correr en confuso tropel a guarecerse tras los



Excmo. Sr. Conde de Belascoain

General Isabelino

grupos de su numerosa y escogida caballería, la cual, por su parte, procuró proteger a la infantería con repetidas cargas sobre la caballería carlista que avanzó valerosa para completar la victoria.

Entonces se hizo muy de notar el arrojo del General carlista D. Simón de la Torre, quien con el batallón 4.º de Castilla, con medio batallón de granaderos castellanos, con otro medio del 1.º de Castilla y con dos escuadrones, consiguió romper y desbaratar diversos núcleos de tropas isabelinas reunidas, inútilmente, para contener el resuelto avance de los carlistas. Pero se acercaba la noche, y con su llegada se desvaneció ya la esperanza de completar la derrota de la división isabelina exterminándola, y si a tanto no se llegó por los carlistas, la causaron, al menos, más de mil bajas entre muertos y heridos, figurando entre los primeros el Brigadier de Caballería D. Diego de León y Navarrete (sobrino del General D. Diego de León, primer Conde de Belascoain), y contándose entre los segundos el mismo General isabelino Iribarren, quien al día siguiente falleció de resultas de las heridas que recibió peleando bravamente, en el pueblo de Almudévar, en donde fallecieron también otros muchos jefes y oficiales heridos en la misma batalla que su General, el desgraciado Virrey de Navarra.

Es difícil recordar aquí a cuantos generales y jefes carlistas se distinguieron en una victoria como aquella que no se habría logrado sin el esfuerzo de todos; pero es imposible dejar de citar tanto al Infante y General D. Sebastián Gabriel de Borbón, como a su jefe de Estado Mayor el General González Moreno; a los Generales Condes de Prado y de Madeira, Villarreal, Zabala, Sanz, La Puente, La Torre y Sopelana; a los brigadieres Marqués de la Solana y D. Pascual del Real; al Coronel Reina, al Teniente Coronel Arrózpide, al Comandante Trassierra y al Coronel Segovia, muerto gloriosamente a la cabeza de los escuadrones de su digno mando.

Para perpetuar la memoria de aquella tan señalada victoria de sus armas, creó Carlos V, a propuesta del Infante y Capitán General D. Sebastián Gabriel de Borbón, una Meda-

lla de distinción para honrar el pecho de cuantos partidarios suyos se batieron en aquella batalla.

Examinadas las principales obras relativas a la primera guerra carlista, se nos ocurre ampliar lo ya expuesto con los datos que copiamos a continuación:

El General isabelino Marqués de San Román, en su excelente obra titulada *Campañas del General Orda* (páginas 100 y 101) se expresa así: «El General Iribarren, contemplando aquel desastre, y que la columna de infantería que protegía los jinetes volvía arrollada igualmente las espaldas, dispuso avanzasen las masas, arrojándose en persona al frente de su escuadrón, para mejor conocer el daño de cerca. Con el corazón partido por la muerte de su predilecto y valeroso amigo el Brigadier León, llegó al frente de los enemigos, y cuando cruzaba su espada el primero con los contrarios, una lanza carlista le hirió mortalmente. No desmayó por eso; escapándosele la vida por el herido costado, volvióse a las tropas con semblante sereno y callado dolor; aun le vió el que estos recuerdos escribe pedir a un soldado de la Guardia Real algún vino con que refrescar su boca; pero la noche se acercaba, la caballería enemiga sin el dique de la nuestra galopaba osada sobre las columnas que no habiendo avanzado simultáneamente tuvieron que replegarse también, y el desorden se introdujo en las alas, con lo que se dispersaron. El centro, entonces, compuesto del veterano 2.º regimiento de granaderos de la Guardia Real de Infantería y de un batallón del de África, a las órdenes del Brigadier D. Antonio Van-Halen, formó con la mayor prontitud tres cuadros ejedrezados, y rompiendo el fuego rechazó repetidas veces la caballería carlista, que mostró gran tenacidad y valor al atacarle en enjambre. Desordenada y con muchas pérdidas, amedrentada por aquellos inmóviles y vivos reductos, cesó pronto en su empeño, y dando frente los cuadros a su cara de retaguardia, marcharon en retirada, haciendo altos y frentes sucesivos, amparando la reunión de los dispersos con heroica serenidad y gran precisión táctica, a las que debieron su salvación y la del Ejército. Pasado el peligro se deshizo esta formación, y los vencidos entraron en Almodívar a



DOS CORAZONES FUERTES

2.^a PARTE DE «FLORANGEL»



DOE GRANVILLE SUBMIT

móstralo si su marido hubiese sido desterrado, cuya pena hubiera partido con él tratando de aliviarle lo más posible, pero sin prever realmente para ellos la menor esperanza de alegría en este cambio de existencia. Y sin embargo, la alegría llegó, porque no es raro que los reveses soportados sin murmurar reciban compensaciones imprevistas.

En primer lugar, su nueva morada, aunque sencilla y rústica, comparada con la primera, no era triste ni incómoda. Dos habitaciones espaciosas situadas en la planta baja permitían reunirse a toda la familia, ya a las horas de comer, ya por la noche en que al volver los ausentes esperaban hallar allí sus más íntimas alegrías. Rodeaba la casa un jardín que descendía en pendiente hasta el río, alfombrado de verde cesped, y en medio de dos calles de árboles. Aquel sitio, llamado *Rosenhahn*, justificaba su nombre por la abundancia de flores y especialmente de rosas que por todas partes distraían la vista, y embalsamaban el aire; así, desde el primer día sintieron una impresión muy diferente de la que se habían figurado. Además, Clemente había retirado de la venta varios grabados, y dos o tres cuadros favoritos de su padre, como también algunos objetos de familia y de valor, y al llegar, los encontraron allí como a antiguos amigos que les habían precedido para darles la bienvenida.

En segundo lugar, había sucedido que las colecciones raras del profesor, y los objetos de arte que con tan exquisito gusto y ciencia tan profunda había reunido, alcanzaron un valor superior en venta al que se figuraban, de suerte, que aunque desapareció la opulencia, se aseguró un desahogo más que suficiente. Uníase a todo esto el porvenir de Clemente, quien, gracias a su singular y probada aptitud, se encontró rápidamente en camino de justificar las previsiones de Guillermo Muller. A decir verdad, la fortuna no es tan ciega ni tan caprichosa como se dice, y si algunas veces concede sus favores a los que son indignos de ellos, por lo regular suele reservarlos al trabajo perseverante, a la íntegra lealtad, al cálculo inteligente y hábil, a la severa economía, y a la exactitud rigurosa: estas virtudes, y no la casualidad, preceden a la fundación de las fortunas durables y honradas, y en donde

faltan, no puede impedir la más consumada habilidad que se derrumben en un día.

Una de esas fortunas legítimas era digno de fundar Clemente, y capaz de acrecentarla; de todas suertes, sus esfuerzos bastaban, y hubiera querido economizar a su padre la parte de trabajo que él mismo se había adjudicado; mas no pudo, y hasta echó de ver que no debía apartarle de aquella idea. El profesor estaba adornado de un carácter poético, pero a pesar de los dones raros y exquisitos de su alma e inteligencia, carecía completamente de la fuerza y de la energía que constituían el carácter de su esposa. Un abatimiento profundo se mezclaba a la aparente resignación con que aceptaba la desgracia, y ese abatimiento nacía de la convicción tardía y humillante de haberla ocasionado su propia imprevisión, siendo con ello responsable de la ruina de sus hijos. Era preciso distraerle de esa idea fija, y en este concepto, la ocupación forzosa que le imponía el cargo que había aceptado, y la necesidad de proseguir sus estudios favoritos, eran demasiado útiles para aconsejarle que renunciase a ellos. Poco a poco esta nueva existencia, sobre la cual ya no pesaba ninguna ansiedad material, llegó a ser activa y serena, y las horas en que la familia se reunía hubieran recobrado el mismo aspecto que en otro tiempo, a no haber tantos sitios vacíos; pero desde la llegada de Hilda, su esposa, y el doctor Leblanc, las veladas de Rosenhain tornaron a ser alegres y animadas. Volvía Luis a sus antiguas conversaciones con Hansfelt; regocijábale el buen padre con la belleza y la dicha de Hilda, resonaban de nuevo las risas y las voces de los niños, y el violín de Clemente despedía algunas veces aires de baile, pero con más frecuencia y a petición de su padre, melodías graves, ejecutadas con una expresión tan patética y con tal perfección, que Hilda sorprendida le preguntó un día cómo había podido adquirir tal maestría teniendo tantas ocupaciones.

No oyó de pronto a su hermana Clemente, absorto con las frases de Beethoven que tenían expresadas por él un colorido especial; mas cuando repitió la pregunta, le respondió:

—Toco por la noche en Francfort: nos entretenemos con lá

música Muller, su mujer y yo, y así descanso de mis detestables días, y me acostumbro a desarrollar lo que tú llamas *mi maestría*.

Tal era el aspecto que hubiese encontrado Floráγγελ en la nueva morada de sus deudos un mes antes, y tal vez en aquel caso hubiera destacado más su involuntaria tristeza; pero la paz reconquistada en aquel apacible recinto, acababa de turbarse de nuevo violentamente; así, no hay que extrañar que a la alegría de volver a ver a las que tanto amaba, se mezclaran lágrimas de dolor, pues entre ellos encontraba a la hermana del doctor Leblanc enlutada, y era preciso oír con todos sus pormenores y enterarse de una nueva desgracia que en la carta de Clemente apenas se la indicaba. Era que, en efecto, la vida del profesor no estaba ya en peligro, pero su memoria había quedado extraordinariamente debilitada, y la luz de aquella noble inteligencia, si no estaba extinguida, estaba al menos incierta y vacilante. Esperábase que aquel estado sería pasajero, pues se decía que el tiempo, un reposo completo, y la ausencia de todo trabajo contribuirían poderosamente a su restablecimiento; pero la prueba era dura, y Clemente veía por primera vez desfallecer el valor de su madre. La señora Dornthal sonrió tristemente al ver al profesor reconocer a Floráγγελ y abrazarla sin manifestar la menor sorpresa por su presencia, ni recordar el tiempo y la distancia que les habían separado. Otro tanto sucedió a Clara; mas cuando ésta le presentó su hijo, un súbito esfuerzo despertó por un momento la dormida memoria del enfermo, que le abrazó llorando y murmurando: «Bendígate Dios,» y le devolvió a su madre mirándola con una expresión que llenó a todos de esperanza; pero aquel relámpago desapareció, y volvió a caer en su estado precedente.

De todas estas circunstancias resultó que cuando la familia se encontró reunida por la noche en el salón bajo, todas las frentes estaban pensativas, los rostros jóvenes y risueños tenían una expresión grave y seria, y una tristeza general oprimía todos los corazones. En realidad, casi valía más que así fuera, pues Floráγγελ, dispuesta siempre a prescindir de su persona, no parecía ya sentir, ni sentía en efecto más que

la pena de todos. ¡Ah! ¡cuán grata era aquella tristeza, que podía tomarse por simpatía, al que la contemplaba con silencioso anhelo sentada entre sus hermanas, alumbrado su bello rostro por la lámpara que suspendida del techo la iluminaba por completo, y resonando su voz querida y tanto tiempo ausente, por primera vez en este sitio, en que todo parecía haberse transformado con su presencia!

La velada, triste para todos, no lo fué para Clemente; hasta se suspendió su inquietud para su padre, pues para él allí estaba la esperanza en eso, como en todo; sí, *en todo*. Ya no veía nada sombrío, estaba lleno y como embargado por la esperanza. ¡Con qué confianza había estrechado su mano! ¡Con qué acento le había dicho: «Clemente, amigo mío, qué contenta estoy de volveros a ver!» Ya el porvenir no era tan negro como él creía antes; y en cuanto a la fortuna, no le importaba, porque estaba seguro de vencer y recuperarla. En otro tiempo se creía incapaz de ello, pero se había equivocado, como se equivocó figurándose que no podía agradar. A este pensamiento no oyó otra respuesta que el latido precipitado de su corazón, y el rápido curso del río, a cuya orilla estaba sentado.

Entretanto Florángel y sus primas subían al primer piso, y no tardó en verlas hablando en voz baja en la galería de madera exterior que corría en torno de la casa y a la cual daban puertas y ventanas del primer piso: luego se retiraron; pero la luz encendida allí por primera vez aquella noche permaneció así largo rato, y Clemente no dejó su sitio hasta que la vió apagarse.

II

Cuando Florángel recobró poco a poco las costumbres de aquella vida de familia, que en otro tiempo era la realización de sus sueños, fué cuando comprendió el inmenso y profundo cambio que había sufrido desde el día en que de ellos se había alejado hasta el en que volvía. No era ya la misma: todos los esfuerzos de su voluntad no podían ocultárselo: su corazón, sus pensamientos, sus deseos, sus esperanzas, sus penas, todo estaba en otra parte. La Italia con todo su esplendor no era ya diferente del apacible paisaje que tenía a la vista, como las escenas de que había sido teatro no diferían de las que se realizaban en el día bajo el nebuloso cielo de Alemania, en aquel jardín a cuyo extremo serpenteaba el río, y aquellas ruinas y aquellos extensos bosques que limitaban el horizonte a la vista. En Florencia, la lucha, el esfuerzo, la acción habían estimulado su valor; la paz de Santa María la había fortificado; pero ya hemos dicho que allí quedaron el pasado y el porvenir como suspendidos para ella. Ahora la lucha había terminado, así como la tregua que la siguió; era preciso empezar de nuevo a caminar, a trabajar, a vivir en el presente, y a tomar de buen grado la vida como era, con sus deberes y sus nuevos combates. Nunca encontró Florángel más dificultad y repugnancia en vencerse.

Después de larga violencia a que se había sujetado, hubiera deseado verse libre de todo esfuerzo y sobre todo de disimulo; poder entregarse tranquilamente a una melancolía profunda; permanecer horas enteras en meditabunda inac-

ción; llorar, pues que de su corazón rebosaba el llanto, y hablar de su tristeza a todo el mundo, o al menos no tomarse el trabajo de ocultársela a nadie. Esa era su inclinación, y le costó grande esfuerzo no ceder a ella; pero las fuerzas recobradas al lado de la madre Magdalena no se habían gastado, y por consiguiente, logró su objeto. Quien la viera levantada con la aurora, para evitar a su tía trabajo en la casa, dirigirse a la despensa acompañada de la pequeña Frida, a quien enseñaba el gobierno de la familia, y luego a la cocina para dar instrucciones y a veces para ayudar a la cocinera, ya vieja y bastante torpe; quien la viese ir no pocos días al mercado con su cesta en el brazo y su capuchón cubierto de rocío, no adivinaría por la frescura y el brillo que la salud, la juventud y sus excursiones matinales daban a su tez, que muchas noches las pasaba sin dormir, y vertiendo lágrimas ardientes. El resto del día lo empleaba en otras ocupaciones más propias para absorber su atención. El don especial que poseía para asistir a los enfermos, y la benéfica influencia que sobre ellos ejercía se revelaban de nuevo en su tío, y la señora Dornthal bendecía su regreso al observar el progreso evidente en aquella lenta y dolorosa convalecencia; progreso que ya daba lugar a esperar que el profesor recobraría gradual y completamente sus facultades, si bien sin poderse dedicar en adelante a ningún trabajo difícil ni asiduo. Esta ocupación era grata a la joven, como también el nuevo deber que tenía que cumplir con su querida y anciana amiga, la señorita Josefina.

Josefina Leblanc jamás había amado en el mundo a nadie más que a su hermano; para él había vivido exclusivamente, y nunca se le ocurrió la idea de que podría sobrevivirle; así, un ser abandonado en una casa destruída por la guerra o por el incendio, no se hubiera creído tan súbita y pavorosamente solo, como lo estaba esta pobre mujer después del golpe fatal que le arrebatara su hermano querido, venerado, más joven que ella, y en cuyos brazos había creído siempre morir. No obstante, tuvo serenidad y se supo dominar, aunque todos estaban enternecidos con la muda expresión de dolor que en sus facciones se pintaban sin que importunara a nadie con su

dolor; sólo pidió que la permitiesen permanecer allí, por no volver a vivir sola donde había vivido con él. Ya desde el primer día la había invitado la señora Dornthal a quedarse en su compañía, y la vuelta de Florángel decidió a su anciana amiga a tomar sobre este particular un partido irrevocable, que fué al propio tiempo un grandísimo consuelo que, según decía, Dios la había preparado. La fortuna del doctor era considerable, y pertenecía toda a su hermana, pues los demás parientes eran más ricos que él, y vivían en provincia; nada llamaba a París a la señorita Josefina, por consiguiente resolvió establecerse al lado de sus buenos amigos, y de la que hacía mucho tiempo había adoptado en su corazón, formidable empresa para la que en cuarenta años nada había cambiado en su método de vida, viviendo en el mismo sitio, e ignorando lo que es el mundo a los sesenta años como si tuviera veinte; pero todo era posible desde el punto en que se encontraba una criatura para quien podía vivir. En cambio era buena y útil esta afección para Florángel, pues al pagar una nueva deuda de agradecimiento adquiría fuerzas su corazón para la lucha interior que era su trabajo diario. Por lo demás, a pesar de estar casadas sus dos primas, casi todo era semejante allí al pasado. Establecidos Julián y Clara en las inmediaciones, donde le obligaban a estar sus trabajos por espacio de un año, venían diariamente a Rosenhain; Hansfelt no pensaba en dejar a su amigo, y nada faltaba ya a la tranquila y completa felicidad de Hilda entre su marido y su padre, cuya curación parecía asegurada.

Clemente sólo no formaba parte, como en otro tiempo, de la reunión habitual de la familia, y únicamente aparecía una vez por semana, el sábado por la noche, para volverse a Francfort el lunes con la aurora.

No suelen por lo regular fastidiar los trabajos para que se posee gran aptitud; pero la de Clemente era múltiple, y de todo lo que era capaz de hacer, seguramente lo que hacía en el escritorio a que se había encadenado, era lo que para él tenía menos gusto y atractivo, y sólo le retenía allí la convicción de que en aquel puesto, mejor que en otro alguno, servía los intereses de su familia. Trabajando para ellos, se

creía obligado a que ese trabajo fuera lucrativo, y considerado de esta manera, nada podía cansar el valor del sufrimiento, que era el suyo; valor en que no entraba el deseo de sorprender o de llamar la atención, pero que nada, ni en circunstancia alguna, podía hacer retroceder o doblarse, y que lo mismo sabía arrostrar el fastidio que el peligro. Y no obstante, ese fastidio que llegaba a vencer por la misma intensidad del trabajo, a veces era abrumador, y hubiera sentido violentos accesos de disgusto a no ser por el descanso de que disfrutaba por la noche en la modesta morada de que era huésped y comensal diario.

Guillermo Muller observaba que los conocimientos variados de Clemente acrecentaban con utilidad los suyos, y su afecto hacia él estaba mezclado de una admiración próxima del entusiasmo. Procuraba siempre que podía a Clemente ocasión y placer de hablar de otra cosa que de asuntos comerciales, y gracias a la música, las veladas pasaban sin sentir; pero la buena y sencilla Berta, con ese instinto que ayuda a las mujeres ordinariamente a poner el dedo en la llaga por el hombre de más penetración no descubierta, encontró un medio más seguro de distraerle. Los niños no habían olvidado el gran acontecimiento de su vida; su viaje, y la bella señorita que le había hecho en su compañía; y esta narración de que Clemente no parecía cansarse nunca, y a la cual añadía Berta sus comentarios, fué el principio de una confianza íntima, de que ella usaba discretamente, pero que le consolaba más de lo que él mismo se figuraba. En una palabra, ese era el punto luminoso de su cansada vida; y le iba a ser más que nunca necesario, cuando al espirar la licencia que obtuvo a consecuencia de la desgracia de su padre, que él prolongaba de día en día, vió acercarse el momento en que era forzoso volver a tomar la cadena, y con una fuerza ahora, que añadía un grado de heroísmo más a la tarea que se había impuesto.

Era la víspera de su partida: Florángel e Hilda sentadas al anochecer en un banco colocado junto al río estaban hablando, y Clemente apoyado en un árbol delante de ellas miraba correr el agua en silencio, escuchando con atención la conversación que tenía lugar entre su prima y su hermana,



.....Plenso, Hilda, que tenía razón el amigo de Carlos.

pero sin tomar parte en ella. Giraba esta conversación sobre todo lo ocurrido durante su separación, e Hilda preguntaba a Florángel sobre su viaje, sobre Italia, sobre la vida que hacía en Florencia lejos de ellos: respondió Florángel lacónicamente y con esa especie de aprensión que se experimenta

cuando en una conversación se va a parar a un asunto de que no se quiere hablar. Comprendía de antemano que no lo conseguiría, y trataba, sin lograrlo, de vencer su turbación, cuando pronunció su prima el nombre de Jorge. Después de varias preguntas a que Florángel sólo había contestado con monosílabos, la dijo Hilda:

—¡El conde Jorge! Un amigo de Carlos, que le conoce, sostenía el otro día delante de mí, que era imposible verle y no amarle. Tú que le conoces, ¿qué piensas de eso?

La pregunta estaba hecha a quemarropa, y ya hemos dicho que Florángel no sabía mentir; así enrojeció y se calló tan largo rato, que Clemente volvió rápidamente la cabeza y la miró. ¿Estaba realmente pálida, o era la luz de la luna penetrando por entre el follaje la que alteraba sus facciones, y sus plateados rayos daban a su mirada una expresión que jamás la había visto hasta entonces? Contemplábala con una atención mezclada de angustia, cuando al fin respondió con voz turbada y tratando de sonreír:

—Pienso, Hilda, que tenía razón el amigo de Carlos.

En realidad estas palabras eran sencillísimas, y sin embargo, las horas más sombrías del porvenir no borraron jamás de la memoria de Clemente el sitio, la hora y el momento en que fueron pronunciadas, el silencio que las precedió, el acento y la mirada de que fueron acompañadas.

III

Háblase con frecuencia de la ceguedad del amor y lo mismo se debería hablar de su previsión, si una ilusión voluntaria no ayudase sin cesar al corazón a substraerse de las revelaciones que teme. El mismo instinto a quien ilumina, impulsa a cerrar los ojos, y cuando la verdad amenaza a la dicha o al orgullo, pocos son los que saben mirarla con atrevimiento cara a cara. A esos pocos pertenecía Clemente, pues en su carácter nada era a propósito para crear las ilusiones que oscurecen la previsión; así, la verdad le fué revelada súbitamente y sin piedad, y su joven esperanza, apenas naciente, se derrumbó de golpe para no levantarse. Aquel momento de silencio fué en su vida tan trágico, como si toda la sangre de sus venas derramada en aquel sitio le hubiera dejado exánime a los pies de la que acababa de descargar sobre él aquel golpe mortal, sin saberlo.

En el espacio de un año, desde el día en que se creyó separado de ella para siempre, no sólo por su propia inferioridad, sino también por la triste necesidad de su nueva posición, habían sobrevenido dos cambios inesperados: el primero en su vida exterior, donde todo lo creyó un día aniquilado y que en la actualidad se sentía capaz de reconstruir; y el segundo en la opinión que había llegado a formarse de sí mismo. ¿Era eso decir que se hubiese apoderado de repente la fatuidad del modesto y sencillo Clemente? No; pero era cierto que el gran revés de su familia le había libertado en un día de las postreras timideces de la infancia, y había de-

rruido a su vista una especie de barrera. Hasta entonces no se había revelado su valor fuera del estrecho círculo de su familia, y aun aquí era amado sin ser bien comprendido. Ahora la necesidad le había puesto en contacto con el mundo y con los hombres; todas sus facultades se habían visto precisadas a aparecer súbitamente, y habían crecido con este esfuerzo. Sus facciones, su fisonomía, su aptitud, todo sufrió la misma transformación, y la taciturna torpeza que en otro tiempo le hacía pasar desapercibido, fué vencida por la necesidad de hacerse conocer primero, y después por la confianza en sí mismo que da la influencia que se ejerce sobre los demás. Esa influencia, de que él mismo se asombraba, no consistía en la extraordinaria capacidad que había mostrado en la fastidiosa y prosaica carrera que había abrazado, sino que a esa carrera, como a todo, aplicaba facultades más altas, y ocupándose con mirada y mano maestra de todos los pormenores que a su cargo estaban, sabía darles alma por la elevación, por la lealtad, por la abnegación y por la generosidad, noble fruto del orden y del trabajo. Además, dedicábase con empeño a sus estudios favoritos y a mil cosas extrañas a su trabajo diario, pero sumamente útiles para el desarrollo de su imaginación, y de ahí nacía una elocuencia sencilla y persuasiva, que le daba ascendiente sobre todos, y hacía que le buscasen con preferencia en mil circunstancias que no pertenecían inmediatamente a su posición nueva. Así tuvo ocasión dos o tres veces de hablar en reuniones públicas, ya sobre intereses locales, ya sobre artes y letras, y lo verificó con tal éxito, que se hizo admirar, no sólo de los que ya conocían el nombre de Dornthal, sino también de un gran número de desconocidos. Nuevas y numerosas relaciones se le abrieron en todas partes, y no le hubiera sido difícil, si lo deseara, pasar las veladas en otros salones que en el modesto cuartito de Muller; mas no tenía tal afán, pues su compañía bastaba para su actual disposición de ánimo. La música, de que por nada se hubiera privado, hacía las delicias de sus huéspedes, y como acontece frecuentemente en Alemania, estaban en disposición de ejecutar con él duos y tríos, que no hubiera desafiado escuchar mas de un artista.

Pero a toda su vida, repartida y ocupada así, presidía una sola y querida imagen presente sin cesar, entrevista primero como una visión celestial, lejana e inaccesible, y que hacía algún tiempo, bajo la influencia de todo lo que hemos dicho, parecía habersele acercado un poco; aunque daba poco valor a la importancia que había adquirido, por lo que a él tocaba, empezó a desear conservarla por ella; y en vista de aquella benevolencia con que pareció sonreírle, llegó un día a preguntarse si podría esperar otra cosa más tarde o más temprano, y si su poeta favorito tenía razón en prometer al que ama que será correspondido. Si se permite entrar en el corazón estos pensamientos o estas ilusiones, llegan con facilidad a dominarle por completo, y el de Clemente estaba henchido de esperanza cuando Florángel volvió al lado de su familia; esperanzas, pensamientos e ilusiones que acababa de destruir con una sola palabra, cuya exacta y fatal significación había leído Clemente en sus ojos alumbrados por la pálida luz de la luna.

El dolor que de su alma se apoderó le hizo medir la extensión de sus ilusiones, y se asombró de haberse considerado infeliz antes. Los días que siguieron, ya de vuelta en Francfort, los pasó en un terrible abatimiento, considerábase tan incapaz de todo esfuerzo como indiferente a todo éxito; el trabajo diurno le era insoportable, y el estudio nocturno imposible; en lugar de volver a casa de Muller a la hora de costumbre, salía de la ciudad a pie o a caballo, y caminaba horas enteras para cansar su dolor y aniquilar sus fuerzas. Ahora veía claramente que durante dos años no había vivido, pensado, ni trabajado más que por ella; que la había dado con su corazón su vida entera, y que esa vida no tenía por único objeto más que la esperanza de obtener algún día correspondencia de aquel corazón, que ya no debía pertenecerle, que ya se había entregado a otro; y mientras que repetía con rabia el nombre del conde Jorge, el recuerdo que con él conservaba venía a exacerbar su dolor mostrándosele dotado de un atractivo irresistible. Sus nobles facciones, su fisonomía inteligente, su gusto por las artes, la gracia de sus modales, de su voz, de su lenguaje, todo aparecía vivamente

LA HEROINA DE CASTELLFORT
EPISODIO CARLISTA

Historia completa de esta brava mujer, que en la pasada guerra empuñó las armas.

a 1'50 pesetas ejemplar

FOLLETOS DE PROPAGANDA REQUETENÓFILA

a 2'50 ptas. el 100

VAN PUBLICADOS:

N.º 1.—Esbozo del Programa Tradicionalista

N.º 2.—¿Por qué nos llamamos legitimistas?

CANTOS A LA TRADICIÓN

Tomo de poesías carlistas

1 peseta ejemplar

EL AÑO JAIMISTA

ALMANAQUE PARA EL AÑO 1913

UNA PESETA

Consta de 164 páginas con varias láminas y cubiertas en tricromía, con más de 130 grabados y abundante y escogido texto

LOS CRÍMENES DEL LIBERALISMO

POR

JUAN M.^A ROMA

Libro de 128 páginas con cubiertas en colores que acaba de ponerse a la venta en todas las librerías de España

UNA PESETA

Añadiendo a su importe 0'30 ptas. se manda certificado

SELLOS DE DON JAIME

Hay en 4 colores

1 pta. 100 - 8 ptas. 1000

MEDALLAS DE DON JAIME

En aluminium.	0'25 ptas.
En bronce dorado.	2'— »
En plata.	7'— »

Primer Sorteo

DE

TRADICIONES PATRIAS

25 de Mayo de 1913

- 1.º premio.—50 pesetas en metálico.
- 2.º premio.—Magnífica escribanía de metal.
- 3.º premio.—Dos cuadritos al oleo, retrato de don Jaime, formando pendant: uno a caballo y otro de levita.
- 4.º premio.—Retrato al oleo, de D. Jaime, pintado sobre porcelana.
- 5.º premio.—Colección de obras carlistas, del señor Barón de Artagan.
- 6.º premio.—Dos obras de Concepción Arenal: Cartas a un señor, y Cartas a un obrero.
- 7.º premio.—Un tomo encuadernado del VADE-MECUM del JAIMISTA, de 1912.
- 8.º premio.—Un retrato del Papa Pío X, pintado sobre porcelana.
- 9.º premio.—Una suscripción gratuita, por un año, a TRADICIONES PATRIAS
- 10.º premio.—Una suscripción gratuita, por un año, al VADE-MECUM del JAIMISTA.